

—Perdonadme, señor; eso no es hebreo, es latín.

—Te repito, replicó Clopin casi furioso, que no soy judío y que te haré ahorcar como á ese jabalí, de Judea, que está cerca de tí, y al que espero ver clavado un día en un mostrador como lo que es, como una moneda falsa.

Hablando así el rey de Tunia, señalaba con el dedo al judío húngaro barbudo que saludó antes á Gringoire con su *facitote caritatem*, y que, como no entendía otra lengua, veía con sorpresa que Clopin descargaba en él su mal humor. Por fin éste se calmó.

—Bribon, quieres de veras ser truhan? le preguntó otra vez al poeta.

—Ya os dije que sí que quería.

—Es que no basta querer; la buena voluntad no añade una cebolla en el puchero y solo sirve para ir al paraíso; pero el cielo es una cosa y otra cosa es la hampa: para ser recibido en ella es menester que nos pruebes que eres útil para algo, y para eso es necesario que registres el maniquí.

—Registraré todo lo que queráis, contestó Gringoire.

Clopin hizo una señal: al verla salieron del semicírculo algunos hampones y volvieron un momento despues. Trajeron dos vigas que terminaban en su extremo inferior por dos espátulas de madera, con las que se sostenían en el suelo. Adaptaron al extremo superior de ambas vigas un madero transversal formando como una horca portátil, que Gringoire tuvo la satisfaccion de ver armada en un instante; nada le faltaba, ni la cuerda que se balanceaba con gracia por debajo del travesaño.

—Para qué será esto? se preguntaba Gringoire con inquietud, cuando terminó su ansiedad un ruido de campanillas que oyó en aquel momento, producido por un maniquí que los truhanes suspendieron por el cuello á la cuerda; era una especie de espanta-pájaros, vestido de rojo y tan cubierto de cascabeles y de campanillas, que hubieran bastado para enjaezar treinta mulas castellanas. Las campanillas sonaron algun tiempo con las oscilaciones de la cuerda, su sonido se extinguió poco á poco, y se apagó del todo cuando quedó inmóvil el maniquí, por la ley del péndulo, que destronó á la clepsidra y al reloj de arena.

Entonces Clopin, indicando á Gringoire un banquillo viejo y perlático, colocado debajo del maniquí, le dijo:—Sube ahí.

—Diablo! exclamó Gringoire; ¡voy á romperme la crisma! Ese banquillo cojea como un dístico de Marcial; tiene un pié exámetro y otro pentámetro.

—Sube, repitió Clopin.

Gringoire subió al banquillo y consiguió, despues de varias oscilaciones de la cabeza y de los brazos, encontrar su centro de gravedad.

—Ahora, prosiguió el rey de Tunia, levanta el pié derecho alrededor de la pierna izquierda y empínate sobre el pié izquierdo.

—¿Es que teneis empeño en que me fracture algun miembro?

Clopin frunció el gesto.

—Compadre, le dijo, hablas demasidado. En dos palabras voy á enterarte de lo que se trata; vas á empinarte sobre la punta del pié izquierdo, como te decia; de este modo llegarás hasta el bolsillo del maniquí; lo registrarás, sacando de él una bolsa que contiene, y si logras sacarla sin que suene ni una sola campanilla, serás admitido entre nosotros; serás truhan. No haremos ya contigo otra cosa que apalearte durante ocho días.

—Dios me libre! exclamó Gringoire. Y si hago sonar las campanillas?

—Entonces te ahorcaremos. ¿Lo has entendido?...

—No lo comprendo muy bien.

—Te lo repetiré. Registras al maniquí y le quitas la bolsa; si en esa operacion mueves una sola campanilla, te ahorcaremos. Lo entiendes ahora?

—Sí, lo entiendo... y despues?...

—Si robas la bolsa sin que suenen las campanillas, serás hampon, y te daremos de palos ocho días seguidos. ¿Comprendes ahora?

—No, monseñor; ahora sí que ya no lo comprendo. Dónde está lo que gano? Ahorcado en un caso y derregado á palos en el otro...

—Y ser truhan no es nada? repuso Clopin. Te apalearemos por tu bien, para acostumbrarte á los porrazos, para que te se endurezca el cuerpo.

—Muchas gracias, contestó el poeta.

—Ea, concluyamos, dijo el rey dando una patada en el tonel, que resonó como un timbal. Registra el maniquí y basta de gazmoñerías. Vuelvo á repetirte que si oigo una sola campanilla, ocuparás el sitio del maniquí.

La turba de los truhanes aplaudió las palabras de Clopin, y se formó en círculo alrededor del patíbulo, riéndose de Gringoire tan despiadadamente, que éste conoció que los divertía demasiado

para no temerlo todo de ellos; no le restaba, pues, ya otra esperanza que el azar de salir bien de la operacion impuesta. Se decidió á practicarla, no sin dirigir antes ferviente súplica al maniquí, ente más fácil de enternecer que los hampones.

Aquella miriada de campanillas, con sus lengüecillas de cobre, le parecían otras tantas bocas de áspides abiertas y dispuestas á silbar y á morder.

—¿Es posible, se decia á sí mismo, que mi vida dependa de la menor vibracion de estos cascabeles? Y añadía alzando las dos manos: Sonajas, no soneis! ¡campanillas, no deis campanillazos! ¡cascabeles, no cascabeleis!...

—¿Si durante la operacion sobreviniese una bocanada de viento?... preguntó Gringoire.

—Serás ahorcado, respondió el rey de Tunia sin vacilar.

Viendo el poeta que ya no habia escape ni próroga posible, se resolvió por fin á intentar la operacion; volvió el derecho al rededor del pié izquierdo, se empinó sobre éste y extendió el brazo; pero en el momento de tocar el maniquí, su cuerpo, que pesaba solo sobre un pié, vaciló sobre el banquillo, que no tenia más que tres, quiso apoyarse maquinalmente en el maniquí, perdió el equilibrio y cayó al suelo pesadamente, ensordecido por la fatal vibracion de las innumerables campanillas del maniquí, que, cediendo al impulso de su mano, describió una rotacion sobre sí mismo, y despues se balanceó majestuosamente entre los dos maderos.

—Maldicion! gritó al caer, y quedó en el suelo boca abajo y como muerto.

Oyó, sin embargo, el terrible repique-teo encima de su cabeza, la diabólica risa de los truhanes y la voz de Clopin, que decia:

—Levantad del suelo á ese bellaco y ahorcadle sin compasion.

Gringoire se levantó. Habian ya descolgado el maniquí para colgarle á él.

Le hicieron subir al banquillo los hampones; se le acercó Clopin, le ciñó la cuerda al pescuezo y, dándole un golpecito en la espalda, le dijo:—Adios, amigo.

La palabra *perdon* espiró en los labios de Gringoire. Tendió la vista á su alrededor, pero perdió la esperanza por completo al ver que todos reían.

—Bellevigne-de-l' Etoile, dijo el rey de Tunia á un enorme hampon que saltó de las filas; trepa al travesaño.

Este se encaramó con ligereza sobre

el madero transversal, y en seguida, alzando los ojos Gringoire, le vió agachado encima del travesaño sobre su cabeza.

—Ahora, añadió Clopin, cuando yo dé una palmada, tú, Andrés el Rojo, echarás á rodar el banco de un puntapié; tú, Francisco Chante-Prune, te colgarás á los piés de ese bellaco, y tú, Bellevigne, te montarás á caballo sobre sus hombros... todos á un tiempo. Estais?

Gringoire temblaba como un azogado.

—Estais?... preguntó por segunda vez Clopin á los tres hampones, dispuestos á precipitarse sobre Gringoire.

Pasó entonces el poeta un momento de espera horrible, durante el que Clopin metía impasible con el pié en la hoguera algunos sarmientos que estaban fuera de las llamas.

—Estais? repitió por tercera vez, y abrió las manos para dar una palmada; si las hubiera cerrado... no habia ya remedio para Gringoire; pero se detuvo, asaltado por una idea repentina.

—Alto un momento, les dijo á los tres hampones... se me olvidaba.

—Es costumbre entre nosotros que no ahorquemos á ningun hombre sin preguntar antes si hay alguna mujer que le quiera. Este es tu último recurso, camarada; te has de casar con una truhana ó con la horca.

Esta ley gitana, por extraña que parezca al lector, se conserva escrita hasta nuestros días en la antigua legislacion inglesa. Véase *Burington's Observations*.

Gringoire volvió á respirar: aquella era la segunda vez que durante media hora le sonreía la idea de poder vivir.

—Hola! gritó Clopin desde lo alto del tonel. Hola! Venid aquí, hembras, y decid si hay alguna entre vosotras, desde la bruja hasta su gata, que quiera casarse con este lujurioso. ¡Venid aquí todas! Un hombre de balde! ¿Quién le quiere?

En el estado en que se encontraba Gringoire era en verdad poco apetitoso, y aquella proposicion no hizo efecto á las hamponas. El infeliz oyó que contestaban:—No, no, que le ahorquen y así todos nos divertiremos.

Sin embargo, salieron tres de entre la multitud y se acercaron á examinarle. La primera era una mocetona gruesa y de cara cuadrada; contempló con lástima la ropilla del filósofo, cuyo jubon estaba raído y agujereado. La jóven hizo un gesto y exclamó:—Bandera vieja! y

dirigiéndose á Gringoire, le preguntó: ¿dónde está tu capa?—La he perdido, contestó éste.—Tu sombrero?—Me lo han quitado.—Y tus zapatos?—Se quedan ya sin suelas.—Y tu bolsa?—No tiene ni un dinero.—Pues déjate ahorcar y dá las gracias además, le contestó la hampona volviéndole las espaldas.

La segunda que se acercó á Gringoire era vieja, negra, arrugada, repugnante, de extraordinaria fealdad; dió una vuelta entera alrededor del poeta, que casi se asustó de que lo aceptase. Pero la vieja exclamó con tono dengoso, despues de examinarle:—¡Está muy flaco! y se alejó.

La tercera que se acercó era una mozueta bastante fresta y no fea.—Salvadme, la dijo en voz baja el infeliz Gringoire. Le contempló un instante con aire de compasion: despues bajó los ojos, hizo un pliegue en la falda y quedó indecisa. El desventurado poeta seguía con la vista todos sus movimientos: era la última vislumbre de esperanza que le quedaba.—No, dijo al fin la muchacha, no. Guillermo Longuejone me pegaría. Y se fué como las otras.

—Compañero, le dijo Clopin, eres desgraciado.

Luego, poniéndose en pié sobre el tonel, exclamó:

—Ninguna le quiere? A la una, á las dos, á las tres... Volviéndose despues de una pausa hácia la horca, dijo:—Adjudicado.

Belleigne, Andrés el Rojo y Francisco Chante-Brune se acercaron á Gringoire, pero en aquel momento se oyó un grito general entre la multitud, que decía:

—*La Esmeralda! La Esmeralda!*

Gringoire se estremeció y volvió la cabeza hácia la parte de donde venía el clamoreo; abrióse la muchedumbre para dar paso á una mujer jóven y deslumbradora: era la gitana.

—La Esmeralda! exclamó Gringoire, estupefacto en medio de su agitacion, por la brusca manera con que ese nombre mágico ligaba todos sus recuerdos de aquel dia.

Aquella extraña criatura parecía que ejercía hasta en la Côte de los Milagros el imperio del encanto y de la hermosura. Hampones y hamponas la dejaban pasar cariñosamente, y sus brutales rostros se entusiasmaban al verla.

Acercóse á Gringoire con ligero paso, seguida de Djali: estaba éste más muer-

to que vivo; ella le contempló un momento sin proferir ni una palabra.

—Vais á ahorcar á ese hombre? preguntó con gravedad á Clopin.

—Sí, hermana, le contestó el rey de Tunia, si tú no le tomas por marido.

—Pues yo lo tomo, respondió, haciendo su graciosa y habitual mueca. Entonces sí que creyó firmemente Gringoire que no había hecho más que soñar desde por la mañana y que aun continuaba soñando durante la noche. La peripecia, aunque feliz, no dejaba de ser violenta.

Soltaron el nudo corredizo y bajaron del banquillo al poeta, que para no caer al suelo se vió obligado á sentarse; ¡tan viva era su conmocion!

El duque de Egipto, sin pronunciar una sola palabra, trajo un cántaro de barro, que la gitana presentó á Gringoire.

—Tíralo al suelo, le dijo.

El cántaro se rompió en cuatro pedazos.

—Hermano, le dijo entonces el duque de Egipto, imponiéndole las manos sobre la frente; ésta es tu mujer: hermana, éste es tu marido... por cuatro años. Ya estais despachados.

VII.

Una noche de bodas.

Pocos momentos despues de la escena anterior encontróse el poeta en una pequeña estancia ojiva, cerrada y caliente, sentado frente á una mesa que estaba pidiendo á gritos entrar en relaciones con la alacena inmediata á ella, con excelente cama en perspectiva y mano á mano con una hermosa mujer. Prodigiosa era la aventura. Empezaba Gringoire á creerse con formalidad que era un personaje de un cuento de hadas, y de vez en cuando paseaba la vista á su alrededor, para ver si aun estaba por allí cerca el carro de fuego tirado por dos quimeras aladas, que debió transportarle con tanta rapidez desde el Tártaro al Paraiso, y tambien de vez en cuando clavaba con obstinacion la mirada en los agujeros de su ropilla, con objeto de asirse á la realidad y no perder el juicio; su razon, que vagaba por los espacios imaginarios, estaba asida á este hilo únicamente.

La jóven parecía que no se ocupaba de él; iba, venía, movía los trastos, hablaba con la cabra y hacia con frecuencia su habitual mohin; por fin se sentó

junto á la mesa, y Gringoire pudo examinarla á su placer.

Todos habeis sido niños, amigos lectores, y alguno tendrá la dicha de serlo aun. En esa edad es seguro que pasaríais dias enteros en seguir mata tras mata, en la orilla de un arroyo transparente y en un dia de sol, á alguna linda mariposa, verde ó azul, en su inconstante vuelo, que la hacia besar los extremos de todas las ramas. Recordareis con qué inocente curiosidad seguian vuestro pensamiento y vuestros ojos á aquel pequeño y zumbador torbellino, de alas azules y de púrpura, en medio del que flotaba una forma imperceptible, velada por la rapidez de su propio movimiento. El sér aéreo que se dibujaba confusamente al través del estremecimiento de las alas, os parecía quimérico, imaginario, intangible. Pero cuando la mariposa se posaba en la punta de un rosal, y podíais examinar, conteniendo el aliento, sus anchas alas de gasa, la larga falda de esmalte y los dos globos de cristal, experimentábais admiracion y teníais miedo de que la forma se convirtiese en sombra y el sér en ilusion. Recordad esas impresiones infantiles y comprendereis lo que sintió Gringoire al contemplar á Esmeralda bajo su forma visible y palpable; á Esmeralda, á la que hasta entonces solo entrevió al través del torbellino del baile, del canto y del tumulto.

Hé aquí lo que es Esmeralda! se decía á sí mismo siguiéndola vagamente con la mirada; ¡hé aquí lo que es, una criatura celestial! ¡Una bailarina de las calles de Paris! Tanto y tan poco! Dió esta mañana el golpe de gracia á mi misterio y me salva la vida esta noche. Es mi mal génio y mi ángel bueno; es una hermosa mujer que debe amarme con locura cuando me eligió por marido de semejante manera.—A propósito, dijo poniéndose en pié de pronto, con el sentimiento de lo positivo que formaba la base de su carácter y de su fisonomía; no sé cómo es esto, pero lo cierto es que yo soy su marido.

Con esta idea fija en la mente y en los ojos, se acercó á la jóven de un modo tan militar y tan galante, que ella retrocedió:

—Qué es lo que pretendéis? le preguntó.

—¿Y me lo preguntais, mi adorable Esmeralda? respondió Gringoire con acento tan apasionado, que él mismo se asombraba de tenerlo.

Abrió la gitana sus grandes ojos para contestar.

—No sé lo que quereis decir.

—¿Pues qué, repuso Gringoire entusiasmándose más cada vez y pensando que al fin y al cabo aquella jóven no era más que una doncella de la Côte de los Milagros; ¿no soy tuyo, dulce amiga, y tú no eres mia?

Con la mayor naturalidad la cogió por el talle, y el justillo de la gitana se escurrió de sus manos como la escama de una anguila. Saltó la jóven de un extremo al otro de la estancia, agachóse al suelo y volvió á levantarse llevando en la mano un diminuto puñal, antes de que Gringoire hubiese tenido tiempo para ver de dónde aquel salía; y estaba irritada y altiva, con los labios inflamados y la nariz hinchada, con las mejillas rojas y con los ojos brotando rayos; al mismo tiempo la cabra se colocó delante de ella y presentó á Gringoire un frente de batalla, erizado por dos lindos cuernos dorados y puntiagudos. La mariposa se transformó en avispa, y estaba dispuesta á picar.

Atónito quedó el poeta y mirando alternativamente á la mujer y á la cabra con ojos estúpidos.

—Virgen santa! exclamó en cuanto la sorpresa le permitió hablar. ¡Vaya un par de hembras!

La gitana le respondió:

—Me parece que eres un picaro muy osado.

—Perdonadme, le respondió Gringoire sonriendo; pero ¿con qué objeto me habeis aceptado por marido?

—Querías que te dejase ahorcar?

—¿De modo, repuso el poeta viendo frustradas sus esperanzas amorosas, que no habeis tenido otra idea al tomarme por esposo que la de salvarme de la horca?

—¿Qué otra idea crees que pudiera tener?

Gringoire se mordió los labios y dijo para sí: Entonces, ¿para qué haber roto aquel cántaro?

El puñal de Esmeralda y los cuernos de la cabra continuaban siempre en situacion defensiva.

—Esmeralda, dijo al fin el poeta, capitulemos. No soy escribano del Chatelet y no os armaré pleito por usar daga en Paris, á pesar de las órdenes y prohibiciones del preboste; debeis saber, sin embargo, que hace ocho dias multaron á Noel Lescrivain en diez dineros parisienses por encontrarle un chafaro-

te, pero esto no me atañe y voy á lo que me importa. Os juro por lo más sagrado que no me acercaré ya á vuestra persona sin vuestro permiso, pero dadme de cenar.

En el fondo, Gringoire, como Boileau, "era muy poco voluptuoso". No pertenecía á la raza caballeresca y mosquetera que tomaba por asalto á las mujeres. En materia de amor, como en todo lo demás, siempre se inclinaba á contemporizar y á aceptar términos medios, y una buena cena á solas con una mujer linda le parecía, sobre todo cuando tenia hambre, un entreacto excelente entre el prólogo y el desenlace de una aventura amorosa.

La gitana no le contestó, pero hizo su desdeñosa mueca, levantó la cabeza como un pájaro y se echó á reír; el lindo puñal desapareció como habia venido, sin que Gringoire pudiese ver dónde escondía la abeja su aguijón.

Un momento despues ocupaban la mesa un pan de centeno, una rebanada de tocino, algunas manzanas secas y un jarro de cerveza: Gringoire se puso á comer con apetito feroz; al oír el retintín del tenedor de hierro sobre el plato de loza, cualquiera diria que su amor se habia trocado en apetito.

La jóven, sentada delante de él, le miraba comer silenciosa y preocupada visiblemente con otro pensamiento, que la hacia sonreír de vez en cuando, mientras su linda mano acariciaba la cabecita de la inteligente cabra, blandamente reclinada entre sus rodillas. Una vela de cera amarilla alumbraba aquella escena de voracidad y de meditacion.

Acallada la necesidad de su estómago, Gringoire sintió que no quedara en la mesa más que una manzana, y dijo:

—Qué no quereis comer?

Esmeralda contestó con un signo negativo de cabeza, y su mirada pensativa fué á fijarse en la bóveda de la estancia.

—En qué diablos estará pensando? dijo para sí Gringoire mirando hácia donde ella miraba. Es imposible que se ocupe del mascarón esculpido en la clave de la bóveda. Qué demonio! Me parece que bien puedo sostener la comparación con ese monstruo.

Levantó la voz y dijo llamándola:

—Esmeralda!

Peró la gitana no le oía; volvió á llamarla, también inútilmente. El espíritu de la jóven estaba en otra parte y la voz de Gringoire no era bastante poderosa

para apartarla de donde estaba. Por fortuna la cabra ayudó al poeta, tirando suavemente de la manga de su ama.

—Qué quieres, Djali? dijo con viveza la gitana, como si se despertara sobresaltada.

—Tiene hambre, contestó Gringoire, deseoso de trabar conversacion.

Esmeralda desmigajó un pedazo de pan, que comió graciosamente Djali en la palma de la mano.

No la dejó tiempo Gringoire para que volviese á absorberse en sus meditaciones, aventurando esta delicada pregunta:

—¿Conque no me quereis para marido?

Miróle la niña de hito en hito y le contestó que no.

—Y por amante?

—Tampoco.

—Y por amigo?

La gitana le miró otra vez fijamente, y despues de un momento de reflexion, respondió:

—Quizás.

Este quizás, tan grato para los filósofos, dió nuevos ánimos á Gringoire.

—¿Sabeis, la preguntó, qué es amistad?

—Sí, respondió la gitana; ser hermanos, ser dos almas que se tocan sin confundirse, como los dedos de la mano.

—Y qué es el amor?

—Oh, el amor! dijo temblándole la voz y lanzando llamas por los ojos; el amor es ser dos y no ser más que uno; un hombre y una mujer que se derriten en un ángel; es el cielo.

Dando estas definiciones brillaba en la bailarina egipcia una hermosura que asombraba á Gringoire y que se encontraba en perfecta armonía con la exaltacion casi oriental de sus palabras. Sus labios, rosados y puros, se entreabrian sonriendo, parecia que el peso de su pensamiento turbaba la ternura de su frente, cándida y serena, como el aliento empañaba el cristal de un espejo, y de sus largas y negras pestañas, inclinadas, se escapaba una especie de luz inefable, que daba á su perfil la suavidad ideal que Rafael encontró en el punto de mística intercesion de la virginidad, de la maternidad y de la divinidad.

Gringoire, sin embargo, prosiguió impertérrito.

—¿Cómo debe ser el hombre para agradaros?

—Lo primero ha de ser hombre.

—Y o no lo soy?

—El que es hombre lleva casco en la cabeza, espada en la mano y espuelas de oro en los talones.

—Bravo! exclamó Gringoire; el caballo hace al hombre. Amais á alguno?

—De todo corazón.

—De todo corazón?...

Quedó un momento pensativa y despues dijo con singular expresion:

—Pronto lo sabré.

—Por qué ahora no? ¿por qué no amar-me á mí?

La gitana le contestó, lanzándole una mirada séria:

—Porque no podré amar más que á un hombre que sea capaz de protegerme.

Gringoire se ruborizó y no lo echó en saco roto. Era evidente que la jóven aludía al escaso apoyo que la prestó en las circunstancias críticas en que se encontró dos horas antes; este recuerdo, que habian borrado de su mente los sucesos posteriores, le acudió á la memoria; se golpeó en la frente y dijo á la gitana:

—Perdonad mis locas distracciones y referidme cómo pudiste huir de las garras de Quasimodo.

Esta pregunta hizo estremecer á la jóven.

—Oh, qué horrible jorobado! exclamó, cubriéndose el rostro con las manos y temblando como si tiritase de frio.

—Horrible es, en efecto, le contestó Gringoire; pero cómo os librásteis de él?

Esmeralda sonrió, suspiró y calló.

—Sabeis por qué os seguía? le preguntó el poeta, procurando volver á la pregunta principal por medio de un rodeo.

—No, contestó la jóven; y luego añadió con rapidez: ¿Y por qué me seguiais vos?

—A fé mia que tampoco lo sé, le respondió Gringoire.

Siguióse un momento de silencio: el poeta rayaba la mesa con el cuchillo, la gitana sonreía y parecia que estaba viendo algo detrás de la pared. De repente empezó á cantar con voz apenas articulada:

Quando las pintadas aves
mudas están, y la tierra... (1)

Luego cesó de cantar bruscamente y acarició á Djali.

—¡Vaya, que teneis una cabrita muy mona!... dijo Gringoire.

—Es mi hermana; respondió la jóven.

—Por qué os llaman *la Esmeralda*?

(1) Versos del *Romancero Español*.

—No lo sé.

—Pero...

Sacó del pecho la gitana una especie de saquito oblongo, suspendido á su cuello por una cadena de granos de sándalo; dicho saquito exhalaba un olor fuerte de alcanfor, estaba forrado de seda verde y tenia en el centro un vidrio de dicho color, imitando á una esmeralda.

—Sin duda será por esto, dijo.

Gringoire quiso tomar el saquito.

—No le toques, exclamó la gitana retrocediendo; es un amuleto; tú le quitarías la virtud, ó él te dañaría.

Crecia por momentos la curiosidad del poeta.

—Quién os lo dió?

Púsose ella un dedo en la boca y ocultó en el pecho el amuleto.

Gringoire aventuró varias preguntas, pero ella apenas las contestaba.

—¿Qué quiere decir la palabra *Esmeralda*?

—No lo sé.

—A qué lengua pertenece?

—Creo que á la egipcia.

—No lo dudaba, repuso Gringoire. ¿No sois francesa?

—No lo sé.

—Teneis padres?

La gitana se puso á cantar con un aire antiguo:

Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.
Paso el rio sin barco,
paso el rio sin barca...
Mi padre es pájaro,
mi madre es pájara.

—Muy bien, contestó Gringoire. ¿A qué edad vinisteis á Francia?

—Siendo muy niña.

—Y á Paris?

—El año pasado. Cuando entré por la puerta papal ví que hendía el aire la curruca de los cañaverales; era al fin de Agosto y pronostiqué que el invierno seria crudo.

—Y así sucedió, contestó Gringoire en el colmo de la alegría, al ver entablada la conversacion; yo he pasado el invierno soplándome los dedos. ¿Poseeis, pues, el dón de la profecía?

La gitana volvió á su laconismo, contestando:

—No.

—Ese hombre á quien llamais duque de Egipto es el jefe de vuestra tribu?

—Sí.

Pues él es el que nos ha casado, observó Gringoire con timidez.

—Ni tan siquiera sé cómo te llamo, pero repuso la jóven.
—Me llamo Pedro Gringoire.
—Yo conozco otro nombre más bonito, respondió pensativa la gitana.

—Picarilla! exclamó el poeta; pero eso no importa, por eso no me incomodaré: luego, quién sabe? puede que cuando me conozcais mejor me cobreis cariño; además, como me habeis contado vuestra historia con franqueza, justo es que os corresponda refiriéndoos la mía. Me llamo Pedro Gringoire, y soy hijo del arrendador de la notaría de Gonesse. Ahorcaron á mi padre los borgoñones y despanzurraron á mi madre los picardos, en la época del sitio de Paris, hace veinte años. A los seis años quedé huérfano, sin otras suelas para mis zapatos que el empedrado de Paris, é ignoro por completo cómo pasé el intervalo desde los seis hasta los diez y seis años. Una frutera me daba una ciruela, un pinche me daba un mendruguillo de pan, y por la noche, las patrullas me metian en prision, donde encontraba un monton de paja que me servia de cama, y todo eso no me impidió crecer y enflaquecer, como veis. Calentábame el sol, durante el invierno, bajo el pórtico del palacio de Sens, y me parecia ridículo que reservaran para la canícula las hogueras de San Juan. A los diez y seis años quise ser algo y probé muchas cosas. Senté plaza de soldado, pero no era bastante valiente; entré fraile, pero no era bastante devoto, y además, soy poco aficionado á beber. Desesperado, metíme á aprendiz de carpintero, pero no era bastante robusto. Tenia mucha aficion á ser maestro de escuela, mas no sabia leer, pero esto no era un inconveniente. Al cabo de cierto tiempo conocí que me faltaba algo para todo, y viendo que para nada servia, senté plaza de poeta y de compositor de ritmos; esta es profesion que puede abrazar cualquier vagabundo, y que al fin y al cabo vale más que la de ladrón, que me aconsejaban algunos jóvenes raterillos, amigos míos. Encontré por fortuna un dia con Dom Claudio Frollo, reverendo arcediano de Nuestra Señora, el que se interesó por mí y al que debo hoy ser un verdadero hombre de letras, instruido en el latin desde los Oficios de Ciceron hasta el martirologio de los padres Celestinos, y saber tambien la doctrina escolástica, la poética, la rítmica y hasta la hermética. Soy el autor del misterio que se representó hoy con gran pompa y concur-

rencia de populacho en la sala mayor del palacio de Justicia. He escrito un libro sobre el prodigioso cometa de 1465, que volvió loco á un hombre. Siendo carpintero de la artillería, trabajé en aquella famosa bombardita de Juan Mangue, que reventó en el puente de Charenton el dia que se probó y que mató á veinticuatro curiosos. Ya veis que no soy despreciable para marido. Sé además graciosas travesurillas que enseñaré á esta cabra, como por ejemplo, á remedar al obispo de Paris, ese maldito fariseo, cuyos molinos chorrean sobre los transeuntes por todo el puente de los Molineros. Además, el misterio me producirá mucho dinero, si me lo pagan. En fin, pongo á vuestras órdenes el talento, la ciencia y las letras que poseo, y estoy dispuesto á vivir con vos como os plazca, casta ó alegremente, como marido y mujer, si así os dá la gana, ó como hermano y hermana, si preferís esto.

Calló Gringoire, esperando ver el efecto que este parlamento producía en la doncella, la que tenia clavados los ojos en el suelo.

—Febo! exclamó á media voz, y luego, volviéndose hácia el poeta, le preguntó: Qué quiere decir Febo?

Gringoire, sin comprender qué relacion podia tener su parlamento con aquella pregunta, aprovechó con gusto la ocasion que se le presentaba de sacar á relucir su erudicion, y respondió con cierto énfasis:—Febo viene de la palabra latina *phœbus*, que quiere decir *Sol*.

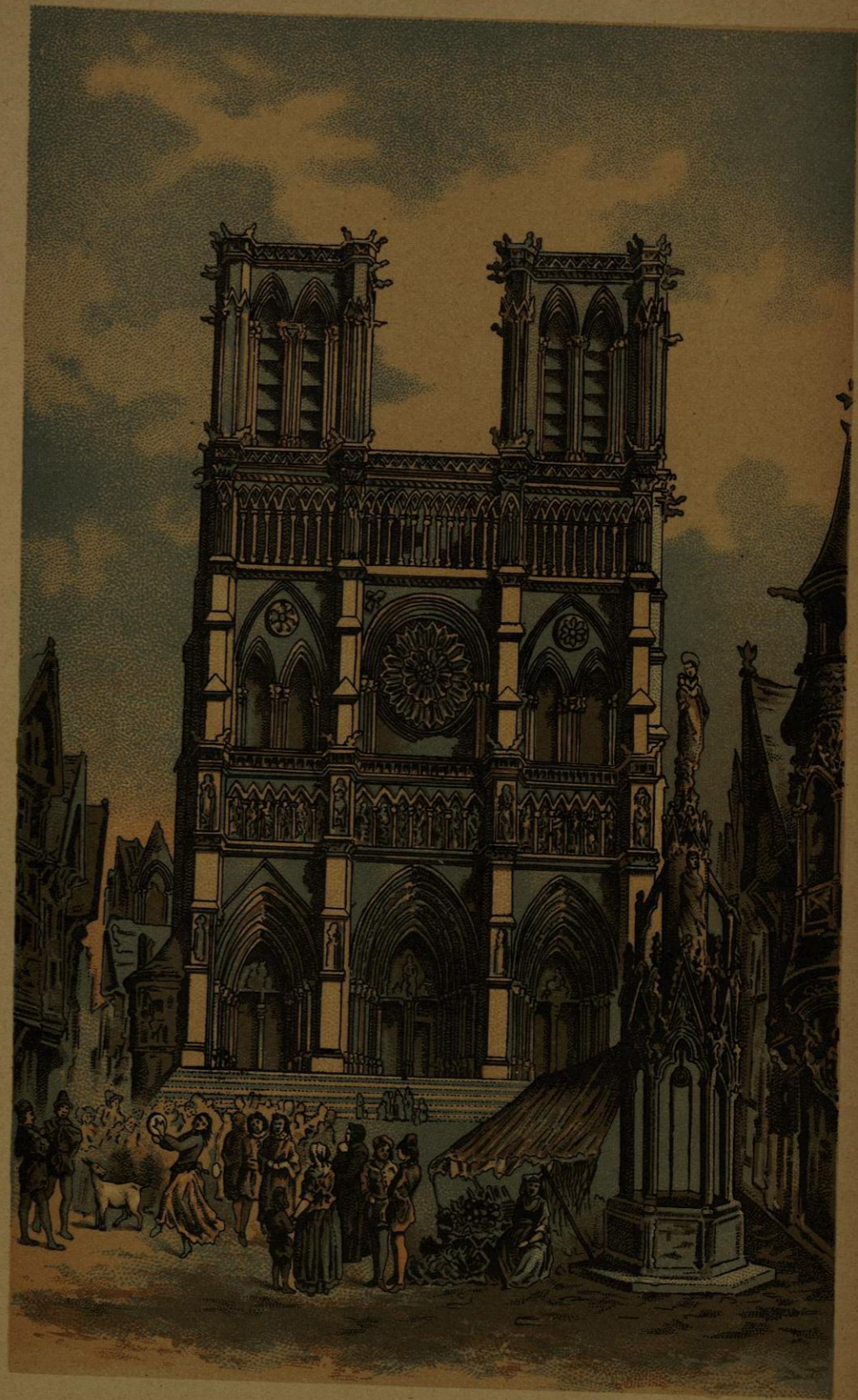
—Sol! repitió la gitana.

—Así se llamaba un gallardo arquero, que era un dios, añadió Gringoire.

—Un dios! repitió la Esmeralda con acento pensativo y apasionado. Se desprendió de su brazo uno de sus brazaletes y cayó al suelo; Gringoire se inclinó apresuradamente para recogerlo, pero cuando levantó la cabeza habian ya desaparecido la mujer y la cabra. Oyó entonces pasar un cerrojo en una puercecilla que comunicaba sin duda con un cuarto inmediato, que se cerraba por la parte de fuera.

—¿Me habrá dejado al menos cama para dormir? se preguntó el filósofo.

Inspeccionó con detencion la estancia, pero no halló en ella más mueble apto para servir de lecho que un cofre de madera bastante largo, cuya tapa estaba esculpida, lo que proporcionó á Gringoire cuando se tendió sobre él una sensacion semejante á la que recibiría



NUESTRA SEÑORA DE PARIS.